

SOBRE

## LA EDUCACION.

Si alguna cosa, señores, hay íntimamente enlazada con la suerte de una nacion; alguna que deba excitar la solicitud tanto de los gobiernos como de los particulares, y capaz de precaver ó de preparar la ruina de las generaciones futuras, es sin duda la educacion de la niñez: hé aquí una de las causas principales de la prosperidad ó de la decadencia de los estados; y bien dignos de lastima seriamos los franceses si despues de tantas conmociones violentas, en que se han resentido entre nosotros hasta los cimientos del edificio social, no estuviésemos penetrados de la necesidad de consolidarle, asentándole mas que nunca sobre la base de una educacion profundamente moral y religiosa. No nos entreguemos pues á la indolencia en esta materia, ni la miremos con desprecio: se trata de lo que mas vivamente interesa á todas

las familias: se trata, señores, de la salvacion misma de la patria. Dejemos enhorabuena á un pequeño número de hombres las sabias discusiones sobre las letras y las artes, sobre las máximas de la política y el manejo de las rentas públicas: estas son cosas que generalmente no hay obligacion de saber; pero de nadie, sea quien quiera, debe ser desconocida la educacion de la niñez, é interesa de tal modo á todas las clases desde el trono hasta las cabañas, y estan todos sin excepcion tan obligados á contribuir á ella con sus lecciones ó con sus ejemplos, que á ninguno es permitido mirarla con indiferencia. Así pues mi objeto al hablaros hoy de la educacion de la niñez es avivar la vigilancia de los padres, el celo de los maestros, y por último la atencion de todos. A este fin sentaré los tres puntos siguientes: primero, la prosperidad de la Francia depende principalmente de la buena educacion de los niños: segundo, para que la educacion de estos sea buena debe ser religiosa: tercero, para ser religiosa debe confiarse á hombres religiosos. Tal es el asunto y la division de este discurso.

No es mi ánimo, señores, exponer nuevos planes de educacion, examinar métodos de enseñanza, ni deprimir lo presente y elegir lo

pasado. No, señores: trato únicamente de presentar algunas reflexiones morales y religiosas que deben aplicarse á todo sistema de educacion y que deben tener siempre presentes los padres y los maestros. No temais que en el curso de esta discusion me exceda de los justos límites, ni que me propase á decir cosas poco comedidas. No, conozco mis derechos y tambien mis déberes: tengo derecho á decir la verdad en lo perteneciente á mi ministerio, y la diré, aunque sin acrimonia y sin ofender á nadie: sé al mismo tiempo que debo ser circunspecto; lo seré tambien, pero sin debilidad ni pusilanimidad, y espero que despues de haber oido todo el discurso quedaréis tan satisfechos de mi moderacion como de mi franqueza.

Digo pues, y esta es mi primera proposicion, que la prosperidad de la Francia depende principalmente de la buena educacion de los niños.

No hay ciertamente un solo frances que no desee con ardor la prosperidad de su pais; que no esté dispuesto á regocijarse de ella, así como á afligirse de sus desgracias, de tal modo que aun aquellos que predicán doctrinas destructoras de su felicidad, cuidan de disfrazárselas á sí mismos, y decorarlas con un hermoso nombre, con el que no solo se alucinan lastimo-

samente á sí mismos, sino que alucinan á los demas. Pero ¿en qué fijarémos la verdadera fuente de la felicidad pública? ¿La fijarémos en una agricultura perfeccionada que proporcione mayor abundancia y variedad de frutos de la tierra, y que mas preserve á los pueblos de los estragos del hambre? ¿La fijarémos en un comercio floreciente que multiplique las riquezas, y generalice en una comarca las producciones de todas las demas; en el aumento de la poblacion, ó en ejércitos bien disciplinados que hagan á un pueblo temible á sus vecinos? ¿La fijarémos en el brillo de las ciencias y de las artes, y en todo lo que parece dar á una nacion la primacia del ingenio y del talento? ¿Acaso en fin en aquellas ingeniosas combinaciones políticas que equilibran los intereses y las pasiones, que parecen tener un estado como suspendido entre la licencia y la tiranía, y que manifiestan la alianza tan difícil de la libertad con la tranquilidad de todos? No, señores; todas estas son cosas ciertamente apreciables y dignas de excitar el celo de los gobiernos; y en efecto en todos los siglos han fijado la atencion de los sabios y de los legisladores; pero no son el principio de la felicidad de los pueblos. Yo no ignoro, señores, que cuando vemos un pueblo rico, ilus-

trado y poderoso nos sentimos inclinados á creerle solo por esto en el colmo de la prosperidad, y apenas concebimos que pueda caer de ella. Esto me trae á la memoria lo que en otros tiempos decia el Rey Profeta hablando de los Filisteos: „Sus hijos son como nuevos plantíos „en la flor de su edad: sus hijas compuestas y „engalanadas por todos lados como ídolos de „un templo: atestadas estan sus despensas y re- „bosando de toda suerte de frutos: fecundas sus „ovejas salen á pacer en numerosos rebaños: „tienen gordas y lozanas sus vacas: no se ven „portillos ni ruinas en sus muros: feliz llamaron „al pueblo que goza de estas cosas:” *Beatum dixerunt populum cui hæc sunt* [1]. Este es el lenguaje que el mundo usaba hace tres mil años, y el que usa todavía; pero examinemos sin deslumbrarnos la esencia de las cosas: no se trata de lo que puede proporcionar á un pueblo un brillo pasajero; no, señores, se trata de lo que puede proporcionarle un bien sólido y durable. No basta para examinar la solidez de un edificio, detenerse en su exterior, sino que es necesario descender hasta sus cimientos.

Lo que asegura en las familias la autoridad

[1] Psal. CXLIII. 12 &c.

paternal, la piedad filial, la union de los esposos, la fidelidad de los criados, y todas las virtudes domésticas: lo que afianza en la sociedad civil la estabilidad de las instituciones, el respeto á las leyes, la sumision á los magistrados, la probidad en todas las clases, la buena fe, el amor al trabajo, y por último la paz, esto es, señores, lo que á los ojos de todo hombre sensato constituye la prosperidad de los estados. ¿Pero á qué debéremos el principio creador y conservador del orden y de la justicia, ese espíritu de vida social que es el alma del cuerpo político, y precave sus funestas enfermedades, ó puede curarlas mas pronta y eficazmente? No cabe duda, señores, principalmente á la buena educacion de los niños.

Guardémonos de ensalzar demasiado en esta materia la naturaleza humana: no la miremos como una tierra que todo lo produce sin cultivo, sino mas bien como una tierra cuyas entrañas es preciso romper con fuerza si se requiere hacerla fértil. Es cierto que al salir el hombre de las manos de su criador lleva consigo facultades é inclinaciones análogas á su destino futuro, las cuales deben hacerle un ser racional, moral y propio para la vida doméstica y civil; pero ¿quién no advierte que es pre-

ciso dirigir sabiamente estas disposiciones naturales, perfeccionando unas y reprimiendo otras para evitar que ninguna tome un vuelo peligroso? Consideremos al hombre tal como es á los ojos de quien quiera estudiarle, y veremos que si ha nacido para el trabajo, tambien la pereza tiene para él muchos encantos: que si su debilidad y sus necesidades, poniéndole desde el principio bajo de la dependencia de cuanto le rodea, conspiran á someterle desde muy temprano al yugo de la subordinacion y del deber, tiene tambien un orgullo secreto que aspira al mismo tiempo á romperle: que si como ser inteligente ha sido hecho para la verdad, tambien cierra frecuentemente los ojos para no ver la luz que le importuna, y para entregarse al error que le lisongea. Un sentimiento natural de benevolencia le inclina hácia sus semejantes; pero ¿no está tambien lleno de un amor propio que puede fácilmente degenerar en egoismo? De aquí proviene esa lucha interna entre el bien y el mal, que comienza desde la edad mas tierna, y esos combates tan fuertes entre las buenas y las malas inclinaciones, combates que solo acaban cuando acaba la vida. ¡Y cuánto no puede la buena educacion para fortificar las unas, debilitar las otras, y asegurar así el triun-

fo de la virtud sobre las inclinaciones que le son opuestas! El Sabio nos lo ha dicho. „Tienes hijos, adóctrínalos y dómalos desde su niñez. Un „caballo no domado se hace intolerable; así un „hijo abandonado á sí mismo se hace inso- „lente [1].”

Pero para conocer mas á fondo como estan enlazados con la educacion de la niñez los destinos de un pueblo, supongamos por un momento que en toda la extension de este vasto reino, tanto en nuestras aldeas como en nuestras ciudades, estuviesen confiados los niños de ambos sexos á manos sabias y puras, dignas de formar su espíritu y su corazon: penetremos con el pensamiento en esas escuelas que encierran las esperanzas de la patria, y supongamos que en ellas aprenden los niños á conocer á Dios y su ley; que allí se enseña todo lo que es justo, todo lo que es bueno y todo lo que es laudable; que en ellas, al paso que se preparan las almas para aquellos conocimientos que hacen al hombre instruido, se cuida tambien mucho mas de lo que le hace virtuoso; y últimamente, que allí se ponen siempre á su vista ejemplos cuya autoridad es mas dulce y mas eficaz que la de las

---

(1) Eccles. VII. 25. XXX. 8.

lecciones. ¿No echarian raíces profundas estas semillas de virtud sembradas así en unas almas todavía nuevas? ¿Y cómo sería posible que no produjesen los mas saludables frutos, mayor respeto á la autoridad paternal, mas union en las familias, mas probidad en el comercio de la vida, mas amor al órden y á la justicia, y mas fidelidad á todos los deberes? ¿No veríamos entónces crecer generaciones enteras en medio de hábitos favorables que las dispondrian á pagar á la sociedad por medio de sus servicios el beneficio que de ella habian recibido en su educacion? Los métodos podrian enhorabuena ser diferentes; pero la doctrina y las impresiones religiosas y morales que recibirian los niños serian en el fondo siempre las mismas. ¡Qué uniformidad de doctrina, de ideas y de sentimientos no habria entónces desde un punto al otro de la Francia! Animadas todas las familias de un mismo espíritu formarian una sola familia, y la Francia entera sería, por decirlo así, como un solo hombre. Aquí teneis ya esa educacion nacional de que tanto se ha hablado, y la única digna de este nombre, porque solo ella puede producir la prosperidad de la nacion.

Yo no ignoro que los efectos de la educacion no serian igualmente favorables en todos: que

hay personas débiles, espíritu indóciles y corazones depravados: sé que circunstancias peligrosas y las pasiones de una juventud brillante podrian hacer que se malograsen en algunos las esperanzas de la niñez; pero es indudable que una vez inspirado en los niños el amor á la virtud, muchos permaneceria firmes en ella: otros serian fieles á lo ménos á aquellos sentimientos de honor y de probidad que caracterizan al hombre de bien, y aun aquellos que ciegamente se hubiesen arrojado á los caminos del vicio tendrian siempre el recurso de los remordimientos y del arrepentimiento; recurso que conoce muy poco el que en sus primeros años no ha conocido la virtud.

Pero si por el contrario la educacion fuese universalmente viciosa, si la razon se corrompiese en las escuelas con malas doctrinas, si funestos ejemplos introdujesen en ellas el desórden, y en ellas se enseñase á honrar lo que debe ser despreciado, y á despreciar lo que debe ser honrado; ¡qué trastorno no habria entonces en las ideas, en las inclinaciones y en la conducta! ¡Qué confusion en las opiniones, y por consecuencia en las familias y en la sociedad! ¡Qué gérmenes de desobediencia, de discordia y de revolucion no se introducirían por todas partes

en las almas! ¡Cuántos instrumentos se prepararian anticipadamente para el crimen y para los designios de los facciosos! Apenas algunos pocos en fuerza de circunstancias ó inclinaciones mas favorables se libertarian del contagio universal; pero el cuerpo político llevaria en su corazon una llaga funesta, que acarrearía por último su disolucion. Son en efecto de tal naturaleza las consecuencias de la buena ó de la mala educacion, que bajo del influjo de la primera el hombre es malvado solo por inconsecuencia, y bajo del influjo de la segunda es bueno en cierto modo solo por casualidad.

Conozco que en esta parte se me podrá decir, acaso con razon, que esto es insistir sobre una cosa de que nadie duda. ¿Quién en efecto no conviene en que por la buena educacion de las generaciones naciesen pueden formarse ó regenerarse los pueblos? Pero sin querer disculparme enteramente, ¿no podré yo tambien hacer observar que las cosas mas comunes son frecuentemente las mas útiles, y que pues que sin cesar se olvidan, es preciso recordarlas tambien sin cesar? Bien antigua es la verdad en el mundo, y sin embargo es harto nueva para nosotros desde que, digámoslo así, hemos perdido al aficion á ella á fuerza de saciarnos en la co-

pa del error. ¡Cuántos, aun entre los padres de familia, arrebatados por un torrente de negocios y de placeres creen segura é indestructible la prosperidad del estado, porque ellos se hallan contentos con su situacion, y apénas atienden á lo que mas debiera interesarles, quiero decir, á la buena educacion de sus hijos! ¡Ojala puedan conocer que las primeras impresiones son las mas fuertes y las mas decisivas: que por el órden regular no deben esperar recoger con el tiempo frutos que no siembren anticipadamente; que para ellos es un deber sagrado preparar lo venidero en lo presente; no ofrecer á la niñez sino ejemplos dignos de ser seguidos por ella; separar de su vista y de sus oídos todo lo que pueda hacer en sus sentidos impresiones funestas, y mostrarse fieles á la advertencia que les hace hasta un poeta del paganismo, de tener un gran respeto á los niños (1): *Maxima debetur puero reverentia*. Sepan en fin que la Providencia se los ha confiado como un depósito de que algun dia les pedirá cuenta, y que la sociedad, en cambio de su solicitud por el reposo de las familias, tiene derecho á esperar de ellas súbditos virtuosos que hagan su felicidad y su

(1) Juven. Satir. XIV.

gloria, y no súbditos viciosos que la deshonren y turben con sus desórdenes.

Paso á la segunda proposicion que dará mayor claridad á la primera; á saber que para ser buena la educacion, debe ser religiosa.

El torrente devastador que precipitó en el abismo el trono y el altar, debió naturalmente llevarse tras sí aquellos establecimientos de educacion pública destinados á formar defensores celosos y fieles tanto del uno como del otro. Se vieron por consiguiente desaparecer de la Francia aquellas corporaciones encargadas de la enseñanza, y aquellas escuelas célebres consagradas por el tiempo; y lo que apénas hubieran hecho los bárbaros con toda su brutal ignorancia, lo efectuaron los sofistas por razon y por cálculo; era preciso sin embargo tratar de levantar nuevos establecimientos sobre los escombros de los antiguos; pero ¡qué violentas declamaciones no se oyeron entónces contra todo lo que ántes habia existido! ¡Qué pomposas promesas para lo futuro! Los novadores no temian decir abiertamente que el género humano habia estado durante veinte siglos encorvado bajo del yugo del error, que las creencias religiosas de que se impregnaban las almas no podian ménos de retardar el desarrollo de la razon, y que el

anhelo por no sé que bienes invisibles de una vida futura, habia impedido la perfeccion del mundo presente. No carecian ciertamente de talento ni de ciencia todos aquellos sofistas, no; pero estaban arrebatados por el delirio de la irreligion. ¡Qué horrorosa mezcla de ciencia y de furor, de ingenio y de extravagancia hay en efecto en sus discursos y en sus obras! En medio de las proscripciones y de los cadalsos se proclamaba la hermosa palabra *educacion nacional*; y al tiempo mismo que se degollaba á los padres, se meditaba la felicidad de los hijos; no se prometian las luces sino para extender las tinieblas del ateismo, y cuantos mas templos se levantaban á la *razon*, mas desaparecia esta de nuestras instituciones y de nuestras leyes. Un materialismo grosero dominaba en todos aquellos nuevos planes de educacion, planes monstruosos, fundados en el odio á todo lo que llamaban *preocupaciones*, *supersticion*, es decir, á las tradiciones, á la experiencia, y sobre todo al cristianismo, y que no se queria conocer que eran impracticables por sola la razon de ser impíos. Sí, señores, el ateismo mata, pero la religion vivifica. Todo existe por la Divinidad, y por consiguiente es preciso que ella presida las familias, la sociedad y la educacion.

así como dirige el universo material, y sin esto las familias, la sociedad y la educación decaen y perecen, á la manera que el universo volvería á la confusión y al caos, si Dios retirase la mano poderosa que mantiene sus leyes y su armonía. Nada acaso prueba mas victoriosamente la necesidad de la religión en esta parte que los impotentes esfuerzos que durante veinte años se han hecho para subsistir sin ella. Dejose en fin percibir la verdad, y se reconoció y decretó que la doctrina cristiana seria la base de la educación pública, y despues de tan largas y tristes tinieblas brilló por fin un rayo de esperanza á los ojos del hombre de bien.

No se crea por esto que no se usasen frecuentemente en los discursos las palabras *moral* y *moralidad*: sí, se usaban; pero es preciso no olvidar nunca que uno de los errores capitales de nuestros tiempos modernos es haber querido separar la moral de la religión, haber trazado reglas de conducta, sin haberlas enlazado con aquellas creencias piadosas que les dan tanta fuerza y tanta autoridad, y haber impuesto al hombre el yugo de los deberes, desechando al mismo tiempo lo que da á su debilidad mayor auxilio para llevarle. ¡Oh, cuánto mejor ha conocido el cristianismo nuestra naturaleza, nues-

tra debilidad y nuestras necesidades, y al mismo tiempo los derechos inviolables del Criador al apoyar sus preceptos en la voluntad de Dios, de aquel legislador supremo, único que por sí tiene el derecho de mandar al hombre! La moral humana es seca y árida; podrá mostrar el camino, pero no inspirar valor para seguirle. La religión se introduce en el corazón, le penetra del pensamiento en la Divinidad, y conmoviéndole eficazmente por medio del temor ó de las esperanzas de la vida futura, le hace capaz de todos los esfuerzos y de todos los sacrificios que puede exigir la virtud. ¡Y cuál no seria su influjo en las casas de educación pública una vez establecido en ellas su imperio? Allí colocaria tanto á los maestros como á los discípulos á la vista de la Divinidad, mandaria en nombre de esta á los primeros la vigilancia, el celo y los buenos ejemplos, y á los segundos la obediencia y la aplicación; siendo de este modo el fiador mas seguro de sus costumbres y de sus progresos. Ella velaria donde no alcanzase el ojo del maestro, y seria una antorcha siempre encendida que iluminando los sitios mas ocultos y oscuros, prevendria una multitud de abusos y de desórdenes secretos que relajan la disciplina y llegan por último á arruinarla. La re-



ligion con sus amenazas y sus insinuaciones suaviza los genios, corrige los defectos, reprime los vicios en su nacimiento, anima al débil, y hace reinar la decencia, el orden y la paz, y por consiguiente la autoridad de los gefes podria sin inconveniente mostrarse mas dulce y paternal: pero rómpase el freno de la religion, y ya no serán suficientes la vigilancia y la disciplina ordinaria: por todas partes se manifestarán la confusion, la indocilidad, la rebelion, y todos los vicios, y por último habria una verdadera anarquía que no se podria reprimir sino con una disciplina severa y á fuerza de rigor: para contener entónces aquella primera edad, la edad cabalmente del candor y de la confianza, seria preciso hacerla gemir bajo de un yugo de hierro, convirtiéndose así cada casa de instruccion pública en un campo militar en el cual es necesario sostener la subordinacion por medio del terror. Sí, señores, destiérrase de los establecimientos de educacion el dulce y poderoso imperio de la religion, y solo se verá en ellos, ó una excesiva licencia, ó una excesiva sujecion.

Para conocer mas y mas la necesidad de la religion, reflexionad cuales es el grande objeto de la primera educacion: este es trabajar para lo venidero, preparar y formar en el niño el hom-

bre ya hecho, y armarle contra los peligros que mas adelante deben amenazar su inexperiencia y su ligereza: seguid á la juventud al salir de las escuelas públicas para no volver á ellas; entónces empieza para ella una nueva educacion: un mundo corrompido se apodera de ella, y desembarazada ya de una vigilancia importuna, entra en el reino de la seduccion, de las máximas cómodas y perversas, y de la libertad de decirlo y hacerlo todo. ¿Y podrán salvarla de tantos peligros algunos preceptos de moral humana? ¿No será inevitable su naufragio si la creencia severa de la religion no ha fortificado sus tiernos corazones contra los ataques del vicio, y si costumbres santas no han preparado el áncora saludable para la época de la tempestad de las pasiones? No es ciertamente la religion una barrera insuperable á la fogosidad de estas; pero á lo ménos es la mas poderosa de todas. Cuando una vez ha establecido su imperio en el corazon de un jóven, es preciso que este ántes de abandonarse al vicio combata largo tiempo sus impresiones secretas: la religion parecerá acaso sofocada en él; pero no, no lo está; aun vive en el fondo de su corazon: desde allí clama de cuando en cuando hasta despertar muchas veces al culpable, y no pocas con-

sigue atraerle de nuevo á la virtud. Mas arrojar en medio de un mundo corrompido una juventud destituida de principios religiosos, es arrojar un bajel sin timon y sin piloto en medio de las tempestades: por esto ha dicho Juan Santiago ilustrado ya por la experiencia, y curado á lo ménos en parte de sus paradojas: „Habia creido que era posible ser virtuoso sin religion; pero estoy bien desengañado de este error.”

Nosotros ponderamos mucho nuestros descubrimientos; nos gloriamos de haber encontrado, ó á lo ménos adoptado y propagado el medio de hacer mas fáciles, mas al alcance del pueblo y mas comunes los primeros elementos de los conocimientos humanos. Ya he declarado mas arriba que no es mi ánimo defender ni impugnar señaladamente método ninguno de enseñanza, no: el sabio todo lo examina con lentitud para juzgar de todo con madurez, con arreglo a la advertencia que nos hace un escritor sagrado: „Examinad todas las cosas,, y ateneos á lo bueno.” *Omnia probet; quod bonum est tenete* (1). Pero cualquiera que sea el método que se observe, yo repetiré siempre que la mejor escuela

(1) I. Thessal. V. 21.

para los niños será indudablemente aquella de donde los veamos salir mas dóciles, mas respetuosos, mas honrados, mas laboriosos y mas aplicados á todos los deberes de su profesion. En cuanto al mecanismo de la instruccion es asunto enteramente ageno de mi discurso, y en esta parte me contentaré con decir que no tengo la simplicidad de creer que la felicidad del género humano dependa de aprender las letras del abecedario por uno ú otro método ó modo de enseñar, ya sea antiguo ó moderno, mas lento ó mas breve. Me abstendré por consiguiente de impugnar ni defender ninguno; pero no puedo ménos de advertir que debemos temer ser víctimas de nuestra impresion. ¡Desgraciadas en efecto las generaciones nacientes si no conocemos que cuanto mas general y popular sea la instruccion, es tanto mas importante que sea religiosa! Yo os ruego que mediteis este pensamiento. Supongamos por un momento que el éxito justifique las esperanzas de los propagadores de esos métodos tan ponderados: y para decirlo sin perifrasis, supongamos que en todos los puntos de la Francia todos los niños de todas las clases, aun de las mas oscuras y mas indigentes, saben por fin leer y escribir: todos los entusiastas lo celebrarán como un triunfo conse-

guido sobre la ignorancia, y felicitarán al pueblo por verle iniciado en los conocimientos humanos; pero yo temo por el contrario que haciéndose mas instruido llegue á ser mas vano, mas inquieto, mas deseoso de novedades funestas, mas descontento con su estado, mas envidioso de las clases superiores, mas enemigo de los trabajos penosos, y mas animado del espíritu de indocilidad y de crítica; temo en una palabra ver generalizado ese saber á medias que es peor que la ignorancia. Si el pueblo fuese religioso, nada acaso temeria, porque entónces la religion dirigiria sus lecturas; alejaria de sus manos las producciones impías y licenciosas, y no le permitiria mas que aquellas que pudieran inspirarle un amor mas ilustrado y mas vive á todos sus deberes. Pero si el pueblo no tiene religion, temamos que aquello mismo que podia ser un instrumento de virtud, se convierta en un instrumento de corrupcion y de vicio; preparaos en efecto á verle alimentarse de esas producciones que no respirando sino impiedad y libertinage, halagarán sus inclinaciones groseras, excitarán en su corazon la sensualidad, el orgullo, la envidia y el amor secreto á la independencia, haciéndole mas indócil, y preparando así á los gobiernos obstáculos, inquietudes y difi-

cultades inauditas. Las doctrinas impías y sediciosas se presentan hoy, aun sin buscarlas, bajo de las formas mas graciosas y mas cómodas, y se han esparcido universalmente: ¿y creéis que el pueblo no irá á beber esas aguas envenenadas? Ved lo que en el dia está pasando en esta capital: cuando las personas de las últimas clases de la sociedad en medio de un ocio culpable ó de un justo descanso dedican algunos momentos á la lectura, ¿qué obras son las que se encuentran en sus manos? Todos pueden verlo; generalmente son libros infames ó impíos, que irritando todas las pasiones, disponen al hijo á ser indócil, al criado á ser infiel, al esposo á ser criminal, y al vasallo á ser rebelde. Esto mismo que se practica en la capital tiene imitadores en las provincias, y demasiado experimentamos que el espíritu de impiedad y de mofa sacrílega infesta por todas partes las últimas clases lo mismo que las medianas y las mas elevadas. Yo sé de aldeas en donde los mas rústicos sueltan á veces el azadon y el arado para leer á Voltaire, y oponer en seguida sarcasmos impíos á las instrucciones de su párroco. No aleguemos lo que sucede en otras comarcas, por ejemplo, en las montañas de Escocia ó en las riberas del Elba: para nosotros nunca será